

Prólogo

Oyó sus propios gemidos, pero el placer que estallaba en su cuerpo hacía que todo lo demás pareciera irreal, alejado de la ardiente magia de lo que le estaba haciendo. El sol de mediodía se colaba entre las hojas, que susurraban por la acción del viento, y la cegaba, deslumbrándola mientras arqueaba la espalda y se pegaba a él.

No era dulce con ella. No la trataba como a una flor de invernadero, como los demás chicos. No se había dado cuenta de lo aburrido que era que siempre la trataran como a una princesa hasta que lo conoció. Para los demás, el apellido Davenport era un premio anhelado que no se podía mancillar; para él, sólo era una mujer.

Con él, era una mujer. A pesar de que tenía diecinueve años, su familia todavía la trataba como a una niña pequeña. Aquella protección nunca la había irritado, hasta hacía dos semanas, cuando lo había conocido.

Puede que fuera inocente e ingenua, pero no estúpida. Cuando él se presentó, supo de inmediato que provenía de una familia que debía ser poco más que escoria blanca y que su familia se horrorizaría de que hablara con él. Sin embargo, la forma en que su musculoso torso se movía debajo de la camiseta ajustada la había dejado impresionada y la arrogante masculinidad de su caminar provocó una extraña tensión en su abdomen. Cuando se dirigió a ella, bajó la voz y adoptó un tono seductor, y sus ojos azules prometían pasión. Ella supo que ese chico no se limitaría a cogerla de la mano o a besuquearla. Sabía qué quería

de ella. Sin embargo, la salvaje respuesta de su cuerpo le era desconocida, imposible de controlar, y cuando él le pidió que se reuniera con él, aceptó.

No podía salir de noche sin que todos supieran dónde iba, pero era fácil salir a dar un paseo a caballo sola durante el día y acordar un lugar de encuentro. La había seducido la primera vez, desnudándola debajo de ese mismo roble..., no, no podía fingir que era una seducción. Ella había acudido a la cita sabiendo qué pasaría, y dispuesta a ello. A pesar del dolor de la primera vez, él también le había enseñado un placer salvaje que ella ni siquiera sabía que existía. Y, cada día, volvía a por más.

A veces era ordinario, pero incluso eso la excitaba. Estaba orgulloso de haber sido el primero en «probar su cereza», en sus propias palabras. A veces decía cosas, con cierto desdén, acerca de que un Neeley estuviera tirándose a una Davenport. Si la familia de ella lo supiera, se harían cruces. Pero ella seguía soñando; soñaba con qué aspecto tendría con un buen traje, el pelo corto y peinado cuando informaran a su familia de que pensaban casarse. Soñaba con que él trabajara en uno de los negocios familiares y demostrara a todos lo listo que era, que era mejor que el resto de los Davenport. En público, sería un caballero, pero, en privado, la tiraría en la cama y le haría todas esas cosas repugnantes y deliciosas.

Él terminó, gimiendo con el clímax, y casi inmediatamente rodó a un lado. Ella deseaba que la abrazara un rato antes de salir, pero a él no le gustaba retozar cuando hacía tanto calor. Se tendió sobre la espalda, con el sol acariciándole el cuerpo desnudo y, casi de inmediato, empezó a roncar. A ella no le importaba. En aquellas dos semanas había aprendido que pronto volvería a despertarse dispuesto a hacerle el amor otra vez. Mientras, le bastaba con mirarlo.

Era tan maravilloso que le cortaba la respiración. Se apoyó sobre un codo a su lado y alargó un delgado dedo para acariciarle el hoyuelo de la barbilla. Él arqueó la comisura de los labios, pero no se despertó.

A su familia le daría un ataque si supieran que se veía con él. ¡La familia! Suspiró. Ser una Davenport había regido su vida desde el día de su nacimiento. Aunque no todo había sido negativo. Le gustaba la ropa y las joyas, el lujo de Davencourt, los prestigiosos colegios y el esnobismo que la rodeaba. Sin embargo, las normas de conducta eran

irritantes; a veces, quería hacer algo salvaje por el gusto de hacerlo. Quería conducir deprisa, saltar verjas demasiado altas, quería... eso. Lo rudo, lo peligroso, lo prohibido. Le encantaba cómo él desgarraba su cara y delicada ropa interior de seda con las prisas por poseerla. Simbolizaba a la perfección todo lo que ella quería en la vida, el lujo y el peligro.

Sin embargo, la familia no quería eso para ella. Todo el mundo daba por sentado que se casaría con el Heredero, como ella lo llamaba, y que asumiría su papel en la alta sociedad de Colbert County, con almuerzos en el club náutico, cenas y fiestas interminables para socios y políticos, y tendría los dos herederos de rigor.

Pero ella no quería casarse con el Heredero. Prefería esto, esta apasionada y poderosa emoción, la sensación de que flirteaba con lo prohibido.

Deslizó la mano hacia abajo y la hundió entre los vellos que rodeaban su sexo. Como imaginaba, él se despertó, y su sexo también. Se rió con voz ronca mientras se incorporaba, la tendió sobre la manta y se colocó encima de ella.

—Eres la zorra más insaciable que me he follado en la vida —dijo, y la penetró.

Ella se estremeció, aunque más por la crudeza de sus palabras que por la fuerza de la penetración. Todavía estaba húmeda de la vez anterior, así que su cuerpo lo aceptó sin dificultad. Por lo visto, a él le gustaba decir cosas que sabía que la herirían, y la miraba fijamente esperando una reacción. Ella sabía que no estaba completamente cómodo con la posición de amante, que era demasiado consciente de la distancia social entre los dos y que aquélla era su forma de acercarla a su nivel. Pero no necesitaba rebajarla, pensó ella, porque ella iba a hacerlo subir de nivel.

Tensó los muslos alrededor de su cuerpo para frenar los embistes y poder decírselo antes de que la pasión creciente en su cuerpo la hiciera olvidar lo que quería decir.

—Casémonos la semana que viene. No quiero una gran boda, podemos escaparnos si...

Él se detuvo y le clavó sus ojos azules.

—¿Casarnos? —le preguntó, y se echó a reír—. ¿De dónde has sacado esa estúpida idea? Yo ya estoy casado.

Volvió a acelerar el ritmo. Ella estaba debajo, inmóvil por la sorpresa. Una suave brisa meneó las hojas del árbol y un rayo de sol penetró entre el follaje y la cegó. «¿Casado?» De acuerdo, no sabía mucho sobre su familia, sólo que no debía de ser demasiado respetable, pero... ¿una esposa?

La rabia y el dolor se apoderaron de ella y arremetió contra él, dándole una bofetada. Él se la devolvió, le agarró las muñecas, se las clavó en el suelo y, con la rabia reflejada en los ojos, dijo:

—Maldita sea, ¿qué te pasa?

Ella se retorció debajo de él, intentando quitárselo de encima, pero pesaba demasiado. Las lágrimas empezaron a resbalarle por las sienes y a mojarle el pelo. De repente, tenerlo dentro era insoportable, y cada embiste parecía cortarla como una sierra. En su ataque de dolor, pensó que moriría si aquello continuaba.

—¡Mentiroso! —gritó, intentando soltarse las manos—. ¡Tramposo! ¡Aléjate de mí! ¡Ve a... ve a follarte a tu mujer!

—No me deja —jadeó él, penetrándola mientras disfrutaba de su dolor—. Acaba de tener un hijo.

Ella gritó con rabia y consiguió soltar una mano y darle una bofetada antes de que él pudiera detenerla. Él maldijo, se la devolvió, se retiró y la colocó boca abajo. Volvió a aprisionarla bajo su peso antes de que ella pudiera escapar, y ella gritó cuando notó que volvía a penetrarla. No podía hacer nada, inmóvil por su peso e incapaz de pegarle con las manos o con los pies. Él abusó de ella, haciéndole daño. Hacía cinco minutos, aquella actitud dominante la había excitado, pero ahora quería vomitar y tuvo que apretar fuerte los dientes para reprimir las intensas y cálidas náuseas.

Pegó la cara a la manta, con la esperanza de ahogarse, de poder hacer cualquier cosa en lugar de sólo aguantar. Sin embargo, aparte del dolor por la traición y de descubrir que para él sólo había sido un entretenimiento, lo peor era la amargura de saber que había sido culpa suya. Ella se lo había buscado, había acudido a él encantada y no sólo había dejado que la tratara como a una cualquiera, sino que, además,

¡le había gustado! Había sido una estúpida, imaginándose cuentos de hadas de amor y matrimonio para justificar lo que no era más que una experiencia en el lado salvaje de la vida.

Él terminó, gruñendo cuando alcanzó el orgasmo, y se retiró, dejándose caer a su lado. Ella se quedó donde estaba, intentando con todas sus fuerzas recomponerse y volver a parecer una persona. Pensó en vengarse. Con la ropa rasgada y las marcas de las bofetadas en la cara, podría volver a casa corriendo histérica y acusarlo de violación. La creerían; al fin y al cabo, era una Davenport.

Pero sería mentira. La culpa y la debilidad eran suyas. Ella lo había aceptado en su cuerpo. Esos pocos minutos después de que cambiara de idea eran castigo insuficiente para su monumental estupidez. Era una lección que nunca olvidaría y nunca más podría apartar de su mente la humillación y la sensación de desprecio.

El peso de la culpa se apoderó de ella. Había querido tomar ese camino, pero ya había tenido bastante. Se casaría con el Heredero, como todo el mundo esperaba, y se pasaría el resto de su vida siendo una perfecta Davenport.

En silencio, se sentó y empezó a vestirse. Él la observó con una somnolienta malicia reflejada en su mirada azul.

—¿Qué pasa? — se rió—. ¿Pensabas que eras algo especial para mí? Deja que te diga algo, cariño: un polvo es un polvo, y tu bonito apellidado no te convierte en nada especial. Lo que tú me das, puede dármelo cualquier zorra.

Ella se calzó y se levantó. Aquellas palabras le dolieron, pero no se permitió reaccionar. En lugar de eso, sólo dijo:

—No volveré.

—Claro que volverás —respondió él perezoso, mientras se estiraba y se rascaba el pecho—. Porque lo que yo te doy no puede dártelo nadie más.

No se volvió mientras caminaba hacia donde había dejado atado el caballo y montó dolorida, sin su gracia habitual. La idea de volver para que la usara como a una puta le revolvió el estómago y quería darle una patada por su maliciosa seguridad. Olvidaría el apasionado y destructivo placer que le había dado y se conformaría con la vida que habían

planeado para ella. No se le ocurría nada peor que volver arrastrándose a él y reconocer el triunfo en su mirada mientras la poseía.

«No —se dijo mientras se alejaba—. No volveré. Prefiero morir a volver a ser la puta de Harper Neeley.»

LIBRO PRIMERO
Un fin y un comienzo

Capítulo 1

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Dios sabe que no podemos quedárnosla.

Hablaban en voz baja, pero Roanna podía oírlos y sabía que se referían a ella. Hizo un ovillo con su diminuto cuerpo, pegó las rodillas al pecho mientras miraba impasible el perfecto césped de Davencourt, la casa de su abuela. Otras personas tenían jardín, pero la abuela tenía césped. Era de un verde intenso, y a Roanna siempre le había encantado la sensación de sus pies descalzos hundiéndose en la gruesa hierba; era como caminar encima de una alfombra viva. Sin embargo, ahora no tenía ganas de salir y jugar. Sólo quería quedarse allí sentada en la ventana en saliente, la que siempre había sido su «ventana de los sueños», y fingir que no había cambiado nada, que mamá y papá no habían muerto y que volvería a verlos pronto.

—Con Jessamine es distinto —continuó la primera voz—. Es una jovencita, no una niña como Roanna. Somos demasiado mayores para hacernos cargo de alguien tan joven.

Querían a su prima Jessie, pero a ella no. Roanna parpadeó con determinación para contener las lágrimas mientras oía a sus tíos y tías discutir qué «hacer» con ella y elaborar una lista de los motivos por los que cada uno de ellos estaría encantado de llevarse a Jessie a casa y por los cuales Roanna sería demasiado problemática.

Quería gritar: «¡Me portaré bien!», pero reprimió las palabras, igual que las lágrimas. ¿Qué había hecho que era tan terrible para que

nadie la quisiera? Intentaba ser una buena niña, decía «señor» y «señora» cuando hablaba con ellos. ¿Era porque había montado a *Thunderbolt* a escondidas? Si no se hubiera caído, se hubiera roto el vestido nuevo y lo hubiera manchado, y nada menos que en Domingo de Ramos, nadie lo habría sabido. Mamá tuvo que llevarla a casa y cambiarla, y había ido a misa con un vestido viejo. Bueno, no era exactamente viejo, porque era uno de los que utilizaba sólo los domingos, pero no era su precioso vestido nuevo de Semana Santa. En la iglesia, una de las otras niñas le había preguntado por qué no llevaba un vestido nuevo, y Jessie se había reído y había dicho que se había caído en un montón de caca de caballo. Pero no había dicho caca, había utilizado la palabra fea. Algunos chicos la oyeron y enseguida corrió el rumor por toda la iglesia de que Roanna Davenport había dicho que había caído en un montón de mierda de caballo.

La abuela le había lanzado una de sus miradas severas y la tía Gloria retorció la boca como si acabara de morder un kaki verde. La tía Janet la había mirado y había meneado la cabeza. Pero papá se había reído, le había apretado el hombro y había dicho que un poco de mierda de caballo no podía hacerle daño a nadie. Además, su abejita necesitaba fertilizante para crecer.

Papá. El nudo de la garganta se apretó hasta que apenas pudo respirar. Papá y mamá se habían ido para siempre, igual que la tía Janet. A Roanna siempre le había caído bien, a pesar de que siempre pareciera triste y no fuera amiga de los abrazos. Aún y con todo, era mucho más amable que la tía Gloria.

La tía Janet era la madre de Jessie. Roanna se preguntó si a Jessie le dolería tanto el pecho como a ella, si había llorado tanto que la parte interior de los párpados parecía arena. Quizá. Era complicado saber qué pensaba Jessie. Creía que no merecía la pena prestar atención a una cría tan mugrienta como Roanna; la misma Roanna le había oído decirlo.

Mientras miraba por la ventana sin pestañear, vio aparecer a Jessie y al primo de ambas, Webb, como si formaran parte de un sueño. Avanzaron despacio por el césped hacia el enorme roble, de cuyas ramas inferiores colgaba un columpio. Jessie estaba preciosa, pensó

Roanna, con la absoluta admiración de una niña de siete años. Era esbelta y delicada como Cenicienta en el baile, con el pelo oscuro recogido en un moño y el cuello de cisne asomando por encima del escote del vestido azul marino. La distancia entre los siete años y los trece era abismal; para Roanna, Jessie ya era mayor, un miembro de ese grupo misterioso y autoritario que podía dar órdenes. Y ese cambio se había producido en el último año porque, aunque antes Jessie siempre había sido una «niña grande» en contraposición a la «niña pequeña» que era Roanna, todavía jugaba a muñecas y al ocasional escondite. Pero ya no. Ahora despreciaba cualquier juego, excepto el Monopoly, y se pasaba mucho tiempo peinándose y suplicando a la tía Janet que le prestara sus cosméticos.

Webb también había cambiado. Siempre había sido el primo preferido de Roanna, siempre dispuesto a sentarse en el suelo y jugar con ella o a ayudarla a sostener el bate para que pudiera golpear la pelota. También le gustaban los caballos tanto como a ella, y a veces lo convenía de que fuera a montar con ella. Sin embargo, se impacientaba, porque a ella sólo la dejaban montar su poni. Últimamente, Webb no había querido pasar tiempo con ella; siempre decía que estaba ocupado con otras cosas, pero siempre tenía tiempo para estar con Jessie. Por eso Roanna había intentado montar a *Thunderbolt* la mañana del Domingo de Ramos, para demostrar a papá que ya era mayor para montar un caballo de verdad.

Roanna observó cómo Webb y Jessie se sentaban en el columpio, con los dedos entrelazados. Él había crecido mucho en ese último año; a su lado, Jessie parecía pequeña. Jugaba a fútbol americano y sus hombros eran el doble de anchos que los de su prima. Roanna había oído decir a una de sus tías que la abuela adoraba a ese chico. Webb y su madre, Yvonne, vivían en Davencourt con la abuela porque su padre también había muerto.

Webb era un Tallant, de la parte de la familia de la abuela; era su tía abuela. Roanna sólo tenía siete años, pero conocía las complejidades del parentesco, puesto que prácticamente lo había absorbido por la piel después de horas de escuchar a los mayores hablar de la familia. La abuela había sido una Tallant hasta que se casó con el abuelo, y enton-

ces se convirtió en una Davenport. El abuelo de Webb, que se llamaba igual que él, era el hermano preferido de la abuela. Lo quería mucho, igual que había querido a su hijo, el padre de Webb. Ahora sólo quedaba Webb, a quien la abuela también quería mucho.

Webb era primo segundo de Roanna, mientras que Jessie y Roanna eran primas carnales, que era mucho más. Ella deseaba que hubiera sido al revés, porque prefería ser más pariente de Webb que de Jessie. Un día, la tía Gloria había dicho que los primos segundos no eran más que primos de besar. Aquel concepto la intrigó tanto que, en la última reunión familiar, Roanna se fijó detenidamente en todos sus parientes, intentando ver quién besaba a quién, para así saber quién no era pariente de verdad. Al final, llegó a la conclusión de que las personas a las que sólo veían una vez al año, en la reunión, eran las que más besos daban. Aquello la tranquilizó. Ella veía a Webb constantemente y él no la besaba, así que eran mucho más que primos de besar.

—No seáis ridículos —dijo la abuela, cortando en seco las conversaciones sobre quién se quedaría con la niña y atrayendo la atención de Roanna—. Jessie y Roanna son Davenport. Vivirán aquí.

¡Vivir en Davencourt! El pánico y el alivio, a partes iguales, eliminaron la tristeza del pecho de Roanna. Alivio de que alguien, por fin, la quisiera y que no tuviera que ir al orfanato, como había dicho Jessie. El terror respondía a la idea de estar bajo la vigilancia de la abuela todo el día, cada día. Roanna quería a su abuela, pero le tenía un poco de miedo, y sabía que nunca podría ser tan perfecta como ella esperaba. Siempre se ensuciaba, o se estropeaba la ropa, o se le caía algo y lo rompía. No sabía cómo, pero la comida siempre se le caía del tenedor y le resbalaba hasta las piernas. A veces, no prestaba atención cuando alargaba la mano para coger el vaso de leche y lo volcaba. Jessie decía que era una zoquete torpe.

Roanna suspiró. Bajo la aguileña mirada de la abuela, siempre se sentía torpe. El único momento en que no se sentía así era encima de un caballo. Bueno, se había caído montando a *Thunderbolt*, pero estaba acostumbrada a su poni y *Thunderbolt* era tan grande que no había podido agarrarse bien a él con las piernas. Pero normalmente se agarraba a la silla como un arrancamoños, como decía siempre Loyal,

y él cuidaba a todos los caballos de la abuela, así que sabría algo. A Roanna le gustaba montar casi tanto como había querido a mamá y papá. La mitad superior de su cuerpo parecía que flotaba, pero, con las piernas, notaba la fuerza y los músculos del caballo, como si ella fuera igual de fuerte. Eso era algo bueno de vivir con la abuela; podría montar cada día, y Loyal podría enseñarle a no caerse de los caballos grandes.

Pero lo mejor era que Webb y su madre vivían allí, y podría verlo cada día.

De repente, saltó de la ventana y cruzó la casa corriendo, olvidando que llevaba los zapatos de domingo nuevos, con la suela resbaladiza, en lugar de las zapatillas deportivas de siempre, hasta que resbaló por el suelo de madera y a punto estuvo de chocar contra una mesa. La severa amonestación de la tía Gloria resonó en el aire, pero Roanna la ignoró mientras se peleaba con la puerta principal, utilizando su escaso peso para abrirla lo suficiente para poder salir. Y entonces echó a correr por el césped hacia Webb y Jessie, levantando el vestido con las rodillas a cada paso.

A medio camino, el nudo de tristeza del pecho se soltó de golpe y empezó a llorar. Webb la vio acercarse y su expresión cambió por completo. Soltó la mano de Jessie y abrió los brazos para recibir a Roanna. La niña se pegó a su regazo, provocando que el columpio se detuviera en seco.

—Estás exagerando, Roanna. Ve a sonarte la nariz —dijo Jessie, muy seca.

Pero Webb respondió:

—Toma mi pañuelo —y él mismo le secó la cara. Y luego la abrazó, con la cabeza de la niña pegada a su hombro mientras lloraba con tanta fuerza que todo su pequeño cuerpo se sacudía.

—Oh, por Dios —dijo Jessie, asqueada.

—Cállate —respondió Webb, que abrazó a Roanna con más fuerza—. Ha perdido a sus padres.

—Yo también he perdido a mi madre —añadió Jessie—. Y no voy lanzándome a los brazos de todo el mundo, lloriqueando.

—Roanna tiene siete años —dijo Webb mientras acariciaba el pelo

despeinado de la niña. Casi siempre era muy pesada, persiguiendo a los primos mayores, pero sólo era una niña, y Webb pensaba que Jessie debería ser más comprensiva. El sol de la tarde calentaba el césped y se colaba entre las ramas de los árboles, iluminando el pelo de Roanna y destacando el castaño brillante y algunos reflejos dorados y rojizos. A primera hora de la tarde habían enterrado a tres miembros de la familia: los padres de Roanna y la madre de Jessie. Webb se dijo que quien más había sufrido era la tía Lucinda, porque había perdido a sus dos hijos: David, el padre de Roanna, y Janet, la madre de Jessie. El enorme peso del dolor la había doblegado durante los últimos tres días, pero no la había roto. Seguía siendo la espina dorsal de la familia, en cuya fuerza se apoyaban los demás.

Roanna se estaba tranquilizando y sus gemidos se convirtieron en un hipo ocasional. La pequeña cabeza redondeada se movió contra su cuello mientras, sin mirar hacia arriba, se secaba la cara con el pañuelo. Se sentía frágil en sus jóvenes y fuertes brazos, sus huesos parecían cerillas y su espalda apenas medía veinte centímetros de ancho. Roanna era delgada, todo piernas y brazos, y menuda para su edad. Él siguió acariciándola mientras Jessie adoptaba una expresión de exasperación hasta que, al final, un ojito húmedo asomó por encima de la seguridad del hombro de Webb.

—La abuela ha dicho que Jessie y yo también viviremos aquí —dijo.

—Pues claro —respondió su prima, como si cualquier otro lugar fuera inaceptable—. ¿Dónde iba a vivir yo, si no? Aunque si estuviera en mi mano, yo a ti te enviaba al orfanato.

Las lágrimas volvieron a acumularse en ese ojito y Roanna volvió a hundir la cara en el pecho de Webb. Él miró a Jessie, que se sonrojó y apartó la mirada. Jessie era una niña consentida. Últimamente, al menos la mitad del tiempo, Webb pensaba que necesitaba una buena reprimenda. Sin embargo, la otra mitad del tiempo estaba maravillado ante las nuevas curvas de su cuerpo. Y ella lo sabía. Ese verano, un día que estaban nadando, ella había dejado que el tirante del bañador se le deslizara por el hombro hasta dejar al descubierto su pecho casi hasta el pezón. El cuerpo de Webb reaccionó con toda la dolorosa intensidad de la adoles-

cencia recién estrenada, y no había podido apartar la vista. Se había quedado allí, dando gracias a Dios de que el agua le llegara a la cintura, pero incluso la parte de su cuerpo que quedaba por encima del agua se sonrojó con una mezcla de vergüenza, excitación y frustración.

Era preciosa. Dios, Jessie era preciosa. Parecía una princesa, con su melena castaña lisa y sus ojos azul oscuro. Sus rasgos eran perfectos, y su piel, de porcelana. Y ahora viviría en Davencourt con la tía Lucinda... y con él.

Volvió a centrarse en Roanna y la zarandeó con suavidad.

—No hagas caso a Jessie —le dijo—. Sólo dice tonterías sin saber de lo que habla. No tendrás que ir a ningún sitio. Además, creo que los orfanatos ya no existen.

La niña volvió a levantar la cabeza. Tenía los ojos marrones, como el pelo, aunque sin los destellos rojizos. Era la única de la familia, tanto de la saga Davenport como de la Tallant, que tenía los ojos marrones; todos los demás los tenían verdes, azules o una mezcla de esos dos tonos. Una vez, Jessie se burló de ella y le dijo que no era una Davenport, que era adoptada, porque tenía los ojos marrones. Roanna no dejó de llorar hasta que Webb medió entre las dos y le dijo que tenía los ojos de su madre y que él sabía que era una Davenport porque recordaba haber ido a verla al hospital cuando nació.

—¿Jessie bromeaba? —preguntó ahora.

—Exacto —respondió él con suavidad—. Sólo bromeaba.

Roanna no se volvió hacia su prima, pero un pequeño puño asomó y golpeó a Jessie en el hombro, y luego regresó a la seguridad del abrazo de Webb.

Éste tuvo que tragar saliva para no reír, pero Jessie se puso hecha una furia.

—¡Me ha pegado! —gritó, mientras levantaba la mano para pegar a Roanna.

Webb alargó la mano y le agarró la muñeca.

—Quieta —le dijo—. Te lo mereces por haberle dicho eso.

Ella intentó soltarse, pero Webb la sujetó, agarrándola con fuerza y mirándola fijamente para decirle que no era una broma. Ella se quedó quieta, desafiándolo con la mirada, pero él ejerció su voluntad y

aprovechó su mayor fuerza y, al cabo de unos segundos, ella cedió. Webb la soltó y ella se frotó la muñeca como si le hubiera hecho daño. Pero él ya la conocía y no se sintió culpable, como ella pretendía. A Jessie le gustaba manipular a la gente, pero él ya hacía tiempo que la tenía calada. Sin embargo, saber lo mala que podía ser sólo aumentaba su satisfacción por haber conseguido reducirla.

Se sonrojó cuando notó que se estaba excitando, y separó ligeramente a Roanna. El corazón le latía acelerado, con una mezcla de emoción y triunfo. Había sido un detalle, pero de repente fue consciente de que podría dominar a Jessie. En unos pocos segundos, su relación había cambiado: los lazos de parentesco y la infancia habían quedado atrás y, en su lugar, aparecieron las pasiones más volátiles y complicadas entre un hombre y una mujer. El proceso se había ido fraguando durante todo el verano, pero ahora se había completado. Miró la malhumorada cara de Jessie, con el labio inferior haciendo un mohín, y quiso besarla hasta que olvidara el motivo del mohín. Quizá ella todavía no lo entendía, pero él sí.

Jessie sería suya. Era una consentida, siempre estaba de mal humor y sus emociones eran de una intensidad volcánica. Necesitaría mucha habilidad y energía para colocarse encima de ella, pero algún día lo haría física y mentalmente. Él jugaba con dos bazas a favor que Jessie todavía desconocía: el poder del sexo y el atractivo de Davencourt. El día del accidente de coche, la tía Lucinda se había pasado casi toda la noche hablando con él. Estaban solos, y la tía Lucinda se mecía en la silla y gimoteaba en silencio por la pérdida de sus dos hijos, hasta que al final Webb reunió el coraje para acercarse y rodearle los hombros con un brazo. En ese momento, ella se derrumbó y se echó a llorar como si se le hubiera roto el corazón..., el único momento en que había cedido por completo ante el dolor.

Sin embargo, cuando recuperó la compostura, se quedaron hablando en voz baja hasta altas horas de la madrugada. La tía Lucinda tenía mucha fuerza, y la dedicó a garantizar la seguridad de Davencourt. Su querido David, el heredero, estaba muerto. Janet, su única hija, era igual de querida, pero no tenía ni la naturaleza ni el deseo de aceptar las grandes responsabilidades que conllevaba hacerse cargo de la propie-

dad. Janet era una persona callada y tímida, y sus ojos oscuros estaban siempre teñidos de una tristeza que nunca desapareció. Webb sospechaba que era por el padre de Jessie, quienquiera que fuera. Jessie era ilegítima, y Janet nunca había confesado quién la había dejado embarazada. Su madre le había dicho que había sido un gran escándalo, pero los Davenport habían cerrado filas alrededor de la chica y las clases más altas de la sociedad de Tuscumbia se vieron obligadas a aceptar a madre e hija o a enfrentarse a las represalias de los Davenport. Puesto que eran la familia más poderosa del cuadrante noroeste de Alabama, pudieron salirse con la suya.

Pero ahora, con sus dos hijos muertos, la tía Lucinda tenía que proteger las propiedades de la familia. Y no sólo Davencourt, la joya de la corona; había acciones y bonos, fincas, fábricas, intereses madereros y minerales, bancos e incluso restaurantes. La suma total de las propiedades Davenport necesitaban un cerebro ágil que las entendiera y cierta crueldad para no dejarse cegar.

Webb tenía catorce años, pero la mañana posterior a esa larga charla nocturna con la tía Lucinda ella había hecho llamar al abogado de la familia a su despacho, había cerrado la puerta y había designado a Webb heredero de todo. Era un Tallant, no un Davenport, pero era el nieto de su adorado hermano, y ella también había sido una Tallant, de modo que no le parecía ningún obstáculo. Quizá porque Jessie había iniciado su vida con tantas complicaciones, la tía Lucinda siempre había demostrado sus preferencias por Jessie frente a Roanna, pero el amor de la tía Lucinda no era ciego. Por mucho que deseara lo contrario, sabía que Jessie era demasiado volátil para aceptar las riendas de algo tan grande; si le daban margen de decisión, dejaría a la familia en la bancarrota a los cinco años de haber alcanzado la mayoría de edad.

Roanna, la otra descendiente directa, ni siquiera entraba en las quinielas. Porque sólo tenía siete años y porque era muy rebelde. No es que fuera exactamente desobediente, pero tenía cierta facilidad para meterse en líos. Si había un charco de barro en doscientos metros a la redonda, Roanna acabaría cayendo en él..., pero sólo si llevaba su mejor vestido. Si llevaba unas zapatillas nuevas muy caras, pisaría sin darse cuenta un montón de estiércol de caballo. Siempre volcaba, tiraba o

rompía lo que tenía en las manos o a su alrededor. Por lo visto, el único talento que tenía era una afinidad especial con los caballos. Aquello era un punto a favor a ojos de la tía Lucinda, que también adoraba a esos animales, pero, desgraciadamente, eso no bastaba para convertir a Roanna en una candidata aceptable a heredera.

Davencourt iba a ser de Webb, Davencourt y todos los negocios. Webb levantó la mirada hacia la enorme casa blanca que se elevaba como una corona en medio del aterciopelado césped. Una grande y amplia galería rodeaba los dos pisos, mientras que las verjas estaban hechas de hierro forjado. El pórtico frontal, donde la galería se ensanchaba, estaba enmarcado por seis enormes columnas blancas. La casa desprendía un aire de delicadeza y comodidad, transmitido por la fresca sombra prometida por las galerías, y espacio, indicado por la amplitud de las ventanas. Todas las habitaciones del piso de arriba comunicaban con la galería mediante puertas correderas y, encima de la entrada principal, había una majestuosa ventana paladina.

Davencourt tenía ciento veinte años y se había construido durante la década anterior a la guerra. Por eso había una pequeña escalera de caracol en el lado izquierdo de la casa, para ofrecer una entrada discreta para los jóvenes que venían de jarana, cuando todavía los solteros de la casa dormían en un ala separada. En Davencourt, era el ala oeste. Varias reformas realizadas a lo largo del último siglo habían terminado con esas separaciones, pero la entrada lateral que accedía al segundo piso seguía existiendo. El propio Webb la había utilizado una o dos veces últimamente.

Y todo aquello iba a ser suyo.

No se sentía culpable de que lo hubieran elegido heredero. Incluso con catorce años, era consciente de la ambición de su ser. Quería la presión, la fuerza de todo lo que conllevaba Davencourt. Sería como montar el semental más salvaje del mundo y llegar a dominarlo con su propia fuerza de voluntad.

Y Jessie y Roanna no habían sido desheredadas, ni mucho menos. Cuando alcanzaran la mayoría de edad, las dos serían señoritas adineradas por derecho propio. Sin embargo, la mayor parte de las acciones, el poder y toda la responsabilidad serían de él. Y, en lugar de dejarse intimidar por los años de trabajo duro que lo esperaban, Webb estaba

emocionado ante la idea. No sólo se quedaría con Davencourt, sino que, además, Jessie entraba en el paquete. La tía Lucinda se lo había insinuado, pero hasta hacía unos instantes no había comprendido del todo qué quería decir.

Quería que se casara con Jessie.

Estuvo a punto de echarse a reír de júbilo. Conocía a Jessie, y la tía Lucinda también. Cuando se hiciera público que era el heredero de Davencourt, su prima decidiría en ese mismo instante que ella, y nadie más que ella, se casaría con él. Y a él no le importaba; sabía cómo manejarla y no se hacía ilusiones. Gran parte del desdén que Jessie mostraba se debía al peso que cargaba en la espalda, a la ilegitimidad. No soportaba la legitimidad de Roanna y era malévola con la niña por eso. Sin embargo, cuando estuvieran casados, eso cambiaría. Se encargaría él mismo, porque ahora ya había calado a Jessie.

Lucinda Davenport ignoró las conversaciones que se seguían produciendo detrás de ella mientras miraba por la ventana a los tres jóvenes que estaban sentados en el columpio. Eran suyos; su sangre corría por sus venas. Eran el futuro, la esperanza de Davencourt, lo único que quedaba.

Cuando se enteró del accidente de coche, durante unas tenebrosas horas el peso del dolor fue tan gigantesco que quedó atrapada bajo él, incapaz de reaccionar, de sentir. Todavía tenía la sensación de que le habían arrancado la mejor parte de su ser, mientras sólo habían quedado grandes agujeros. Sus nombres resonaban en el corazón de su madre. «David. Janet.» Los recuerdos le inundaron la mente, y los vio de bebés pegados a su pecho, como niños pequeños escandalosos, niños felices, adolescentes extraños y adultos maravillosos. Tenía sesenta y tres años y había perdido a muchos de los que había querido, pero aquel último golpe casi había sido mortal. Una madre nunca debería sobrevivir a sus hijos.

Sin embargo, en el momento más bajo apareció Webb, ofreciéndole su silencioso apoyo. Sólo tenía catorce años, pero el hombre que sería ya empezaba a vislumbrarse en su cuerpo de chico. Le recordaba

al primer Webb, a su hermano; tenían la misma fuerza inquebrantable e inquieta, y una madurez que lo hacía parecer mayor que su edad real. No se había estremecido ante su dolor, sino que lo había compartido con ella y le había transmitido que, a pesar de la gran pérdida que había sufrido, no estaba sola. Fue en esos momentos bajos en que Lucinda vio la luz y descubrió qué iba a hacer. Cuando le mencionó por primera vez la idea de prepararlo para que se hiciera cargo de las empresas Davenport, y para que más adelante se pusiera al frente de Davencourt, el chico no se había mostrado intimidado. En lugar de eso, sus ojos verdes brillaron ante el proyecto y el desafío que suponía.

Lucinda había hecho una buena elección. Algunos se quejarían; Gloria y los suyos se indignarían porque Webb hubiera sido elegido por delante de los Ames cuando, en definitiva, todos compartían el mismo nivel de parentesco con Lucinda. Jessie estaría en su derecho de enfadarse, porque era una Davenport y descendiente directa, pero Lucinda sabía que, por mucho que quisiera a la niña, Davencourt no estaría en buenas manos si fuera ella la que lo heredara. Webb era la mejor opción, y se encargaría de Jessie.

Observó en silencio la pequeña escena en el columpio y enseguida supo que el chico había ganado la batalla. Ya tenía los instintos de un hombre, y encima de un hombre dominante. Jessie se enfurruñó, pero él no cedió. Siguió tranquilizando a Roanna que, como casi siempre, había conseguido provocar algún problema.

Roanna. Lucinda suspiró. No se sentía con ánimos de asumir la educación de una niña de siete años, pero era la hija de David y no podía permitir que se fuera a ningún otro sitio. Lo había intentado, pero no podía quererla tanto como a Jessie, o a Webb, que no era ni su nieto, sino un sobrino nieto.

A pesar del absoluto apoyo que brindó a Janet cuando se quedó embarazada sin un marido, Lucinda esperaba, como mucho, tolerar al bebé cuando llegara. Tenía mucho miedo de despreciarlo, por la desgracia que representaba. Y, en cambio, miró a la pequeña y preciosa cara de su nieta y se enamoró. Sí, Jessie era una niña alocada con sus defectos, pero el amor de Lucinda jamás había desfallecido. Jessie necesitaba amor, tanto que siempre reclamaba cualquier muestra o detalle

que se le hacía. Y no es que no se le hubieran dado; desde su nacimiento, la habían acunado, besado y abrazado, pero, por algún motivo, nunca había sido suficiente. Los niños notaban enseguida cuándo había algo distinto en su vida, y Jessie era especialmente inteligente; a los dos años ya empezó a preguntar por qué ella no tenía padre.

Y luego estaba Roanna. Lucinda volvió a suspirar. Era tan difícil querer a Roanna como fácil era querer a Jessie. Las dos primas eran polos opuestos. Roanna nunca había estado quieta el tiempo suficiente para que nadie la abrazara. Si la levantaban para hacerle mimos, gritaba para que la dejaran en el suelo. Y tampoco era tan guapa como Jessie. La extraña mezcla de rasgos de Roanna no encajaba bien en su diminuta cara. Tenía la nariz demasiado larga, la boca demasiado grande y los ojos estrechos y rasgados. Su pelo, con el tono rojizo tan poco característico de los Davenport, siempre estaba despeinado. Daba igual lo que llevara; si la dejabas cinco minutos, la ropa acabaría sucia y posiblemente rota. Se parecía a su madre, claro, pero era un hierbajo en el jardín de los Davenport. Lucinda la había observado fijamente, pero no vio nada de David en la niña y, en estos momentos, cualquier semejanza habría sido doblemente agradecida.

Sin embargo, cumpliría su deber con Roanna e intentaría convertirla en una mujer civilizada a la altura de los Davenport.

No obstante, todas sus esperanzas y el futuro de la familia estaban depositados en Jessie y Webb.